

NOVELISTAS ARGENTINOS



JULIO ARDILES GRAY

ELEGIA

Cuando tenía doce años solía leer una historia maravillosa: la de Peter Pan, el niño que no quiso ser hombre. Ahora quiero contarla a mi modo. Tengo derecho a hacerlo pues un mito, como el creado por Sir James^o Barrie es patrimonio común, al igual que Ulises, Aquiles, Sísifo o Prometeo. Quizá la historia salga perdiendo con mi relato a causa de su realismo; pero aquella fantasía inocente ya no puede ser dicha de la misma manera. Sin embargo, debo contarla: he aprendido de J. Luis Borges que <quizá la historia universal es la historia de la diversa entonación de algunas metáforas>.

Reconozco, además, como in-

(Sigue en la otra solapa)

Xilografía
de
SUSANA SORO

JULIO ARDILES GRAY / ELEGÍA

863an (D3)

J. Ardiles Gray

003845

ELEGIA

BIBLIOTECA DE LETRAS

Donación

de Inés y David

Lagmanovich



EDICIONES JANO

Buenos Aires - Tucumán

ADVERTENCIA

Los personajes y situaciones de esta novela son puramente ficticios. Ninguno de ellos quiere aludir a personas vivas o muertas.

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723. Copyright by Editorial Jano. Buenos Aires-Tucumán. 1952.

*A Elsa Ricci y María Pola Capllonch.
A mis ex-alumnos de la Colonia de
Menores General Belgrano.*

*¡Lejanías de dicha arrastradas por
el suspiro del atardecer, nubes de oro,
Hermosos navíos cargados de maná por
los angeles! ¿Es verdad
Que todos, todos habéis ya dejado de
amarme; que nunca,
Nunca os volveré a ver a través del cristal
De la infancia? ¿Que vuestros colores,
vuestras voces y mi amor,
Todo esto fué menos que el destello de la
avispa
En el viento; que el sonido de la lágrima
cayendo sobre el tímulo,
Fué una pura mentira, un latido de mi
corazón oído en sueños?*

O. W. de Lubicz Milosz

*iLejanías de dicha arrastradas por
el suspiro del atardecer, nubes de oro,
Hermosos navíos cargados de maná por
los angeles! ¿Es verdad
Que todos, todos habéis ya dejado de
amarme; que nunca,
Nunca os volveré a ver a través del cristal
De la infancia? ¿Que vuestros colores,
vuestras voces y mi amor,
Todo esto fué menos que el destello de la
avispa
En el viento; que el sonido de la lágrima
cayendo sobre el túmulo,
Fué una pura mentira, un latido de mi
corazón oído en sueños?*

O. W. de Lubicz Milosz

Quiero contar lo que pasó, sin agregar ni disminuír nada. Sé que los mayores entienden las cosas de otro modo. En ningún caso se lo contaría.

La abuela dice que vivo soñando despierta, que *estoy en la edad*, y que ya pasará. Pero no. No quiero crecer. No quiero como Daniel entrar en *el mundo de los mayores*, y lo sucedido no fué sueño, sino la pura verdad. Por eso quiero escribirla aquí, en este cuaderno, pues siento necesidad de confiársela a alguien que no sean *ellos*.

Acabamos de volver del cementerio donde lo dejamos para siempre.

Allí descansa al final de la larga avenida de cipreses. Lo pusieron en la tierra. La abuela se opuso a que le enterraran en la tumba donde están los parientes. La tierra es húmeda y le

aprisiona el cuerpo. En la semana que viene sembraré algunas flores: amapolas o margaritas para que la hierba dura no trepe.

Durante el entierro no pude llorar. Pienso que jamás volveré a hacerlo mientras viva, pero eso sí: de él no voy a olvidarme. Ahora me he encerrado en el altillo, donde tenía su cuarto y me doy cuenta de que me hará mucha falta y también, de que a pesar de lo pasado, lo he querido con todas las fuerzas de mi corazón. Mientras estuvo vivo, es cierto que llegué a odiarlo por lo que me iba descubriendo a cada rato. Pero tenía un extraño poder, una manera especial de saber las cosas. Y ahora pienso: ¿Cómo hacía para enterarse de lo que pasaba en el mundo que él llamaba *de los mayores?*

Quiero acordarme de todo pero en orden. A veces no puedo hacerlo: los

recuerdos se me agolpan y pujan por salir. Veo al Gran Ofir con su cara morena, sus ojos grandes; a su mujer toda pintada, poniéndose una media de seda, envuelta en una luz verdosa que se filtraba a través de la lona de la carpa; al hotelero; la cara del policía...

Comenzaré por su llegada a casa. Fué a principios de la primavera pasada. Golpearon y como siempre, corrí para ver si eran los gitanos.

Cuando abrí la puerta me encontré con él. Estaba vestido con un traje color pizarra, calzaba unos botines nuevos y unas medias largas y oscuras. En una mano tenía una gorra; en la otra una valija de cuero. Un mechón de cabellos negros y revueltos, le caían sobre la frente.

Le pregunté que deseaba y me dijo:

—Busco a la señora Francisca Villalba...

Comenzó a registrar sus bolsillos hasta dar con un sobre arrugado que tenía el nombre de mi tía.

— Si — volvió a decir — Francisca Villalba.

Lo hice pasar y tomó asiento en una de las sillas de mimbre del vestíbulo.

Recién entonces me di cuenta de que estaba descalza y sentí vergüenza. Entré corriendo y le avisé a mi tía. Ella se quedó pensativa y luego me preguntó como era. Traté de describirlo lo mejor que pude. Se quedó otra vez en silencio, mordiéndose el labio inferior como hace siempre que está preocupada, y luego me dijo:

—Vete al fondo...

Confieso que me fuí a desgano, pero no alcancé a salir de la pieza cuando decidí volver por el corredor. Desde allí podía escuchar sin ser vista.

Al ver a mi tía, Daniel se puso de

pie y le entregó el sobre. Ella lo abrió con las manos muy trémulas y comenzó a leer el contenido.

Cuando terminó, bajó las manos y se quedó mirándolo largamente. Hizo un ademán que en un principio me pareció iba a ser una caricia. Pero luego lo tomó por el hombro y lo empujó suavemente.

Cuando llegaron al patio me gritó: — ¡María!

Di vuelta por el corredor como si viniera del fondo y esperé un momento. Cuando volvió a llamarme respondí con humildad como si ignorara lo que había pasado.

— Este es Daniel — me dijo — Desde hoy vivirá con nosotros. Quiero que lo trates como a un hermano. Dormirá en el altillo. Le prepararás la pieza, su cama y el armario para que ponga sus cosas. Luego le ayudarás a subir la valija. Si no puedes, llama a

Emilia.

Él me miraba con una mezcla de desprecio y de curiosidad agresiva al mismo tiempo.

II

Yo quería mucho a Emilia, y ahora siento que me hace falta. Pero ya no la puedo querer.

Me solía contar cuentos antes de dormir y cuando podía me llevaba cosas de comer a la cama, especialmente en las noches de invierno.

¡Cuánto daño nos hizo a todos Daniel! Quizá no fué culpa suya, pues quiero pensar que cuando sucedieron los hechos él ya estaba enfermo y que el remedio del Gran Ofir no fué el causante de la fiebre, ni del letargo.

Y ahora que él ya no está, puedo comprobar como se ha roto un algo invisible que nos unía a los de la casa. Era más que cariño. Era una especie de confianza ciega que hacía posible el cariño. Ahora ha sido reemplazada por un desasosiego. Ha entrado

en la casa un vaho malsano y sé que no habrá jamás ni la paz, ni la tranquilidad, ni el amor de antes.

No quiero pensar que *el mundo de los mayores* está hecho de mentiras, de odios, y que son capaces de tanta suciedad.

Sin embargo él tenía razón: las cosas y las personas no están asentadas sobre bases firmes y por detrás de la aparente paz, por detrás de la placidez fingida, circula una corriente turbia que yo ignoraba.

¿Significa esto que ya he comenzado a entrar en el mundo de los mayores?

No quiero pensar, pues debo proseguir con mi relato. Durante los primeros días no conversaba con nadie y trataba de alejarse. Hacía lo que le mandaban, en silencio.

Yo buscaba motivos para acercarme, pero luego, cuando me encontraba a solas con él, no me atrevía a hablar-

le. Llegué a tenerle miedo.

Me mortificaba la forma como lo trataban los demás, mejor dicho, lo ignoraban como si no existiese. Los abuelos decididamente trataban de evitarlo. Durante el almuerzo o la cena nadie le dirigía la palabra sino era para pedirle que les alcanzara un plato, un cubierto, o la alcuza.

Desde que llegó, *los mayores* dejaron de conversar a la hora de las comidas como si Daniel fuese un testigo molesto.

También la abuela dejó de cantar sus canciones, sus canciones de niña, aprendidas cuando vivía en España. Las canciones de la abuela hablaban de todo pero especialmente, del amor. Había dos que me gustaban: una narraba la historia de un torerito joven, muy joven, casi un niño, que moría de una cornada a pesar de que una viejecita le había avisado su destino cuando él entraba en el redondel. Y

la otra contaba cómo, a la orilla del mar, se quedaban las novias de los pescadores, viendo las barcas alejarse mar adentro para no volver nunca.

Cuando terminaba ésta última, la abuela se levantaba e iba a hacer cualquier cosa apurada, o comenzaba a reprocharme porque me había olvidado algún trabajo.

Pero desde la llegada de Daniel, la abuela enmudeció y el abuelo también. Me pareció que temían al niño, pero con un miedo que era a la vez lastima.

La tía Francisca se volvió más dura al punto que controlaba mi trabajo de la casa hasta en los más mínimos detalles.

III

A la oración, la abuela nos hacía rezar el rosario. Sentada en su silla, desbandaba las avemarías hasta que comenzaba a cabecear. Yo entonces, sin saber por qué, pensaba en los jóvenes de su canción. Ella, igualmente, desde una costa de sueño se alejaba como si no fuese a regresar nunca.

Cuando vino Daniel, también participó del rezo. Humilde, tratando de esconderse de las miradas, se arrodillaba en la penumbra. Luego de las letanías, se levantaba y se marchaba a su cuarto adonde tenía que ir a llamarlo para la cena o para que ayudase a la tía en algunos de los quehaceres.

A veces solía sentarse en los últimos peldaños de la escalera y miraba el cielo en el cual comenzaban a bri-

llar las estrellas.

Una tarde subí para sorprenderlo. No sé bien por qué lo hice, pero sentía necesidad de que me hablara.

Uno de los escalones crujió de pronto.

Volvió la cabeza, asustado y en un principio se arrinconó contra el barandal como para defenderse de un posible castigo.

Sonreí.

—¿Qué quieres?— me preguntó con odio.

Me senté a su lado sin decir palabra y comencé a planchar con las manos mi pollera.

—¿Qué quieres?— insistió — ¿Por qué no me dejas en paz?.

Levanté los ojos y lo miré tratando de demostrar la mayor dulzura posible.

—No soy igual que los otros— le dije — Es decir... — las palabras se negaban a salir — No quiero ser igual que los otros...

Hizo un gesto de desconfianza primero y luego, otro de desprecio, una mueca mejor dicho. Sus dientes brillaron, menudos, afilados y duros.

—Pronto serás como ellos— agregó sordamente.

Después se interrumpió:

—¿Cuántos años tienes?

—Once— le respondí.

—Si. Pronto serás una mujer.

Bajó la cabeza y entonces agregó:

—Entrarás en *el mundo de los mayores*. Y serás como ellos.

—Quise defenderme pero él me salió al paso:

—Quizá ahora no me entiendas. Pero acuérdate bien; cuando seas grande me darás la razón. Entonces, no habrá remedio y tendrás que aceptar las cosas como son.

Hizo una pausa y me miró angustiado. Luego gritó:

—Pero yo no quiero ¿me entien-

des?, no quiero ser grande. Haré lo posible por escapar de ese mundo asqueroso...

Se refugió en las sombras nuevamente como si tuviese vergüenza de haber sido tan débil. Luego de unos instantes me atreví a decir:

—Sin embargo... ellos... el abuelo... la tía... Emilia... son muy buenos conmigo...

Me respondió con una carcajada que en verdad me asustó.

—Emilia... Emilia— repetía con una alegría salvaje— Es tan puerca como los otros...

—¡Mentira!... ¡mentira!— le grité a mi vez con rabia tratando de acallar con mis gritos su risa, que me lastimaba.— Tú eres el malo y con razón los demás te odian y no quieren hablar contigo...

Hubiera querido decirle cuanto pensaba de él pero no pude. Me tomó

de una muñeca y comenzó a apretarla con fuerza. Los sollozos no me dejaron articular palabra.

—¿Quieres saber la verdad?— me gritó en el oído.

Por orgullo levanté la cabeza y dije sí.

Hizo una pausa. Respiraba con ansiedad.

Tuve miedo por Emilia, no sé por qué, pero tuve miedo. Hubiese querido decir que no, pero el amor propio me lo impedía.

—Está bien — dijo, soltándome la muñeca. — Después de la doce te espero aquí. Cuando se duerman todos...

Entonces bajé las escaleras corriendo para no escuchar más.

IV

Después de la cena retiré los platos de la mesa. Mientras iba y venía de la cocina al comedor me encontraba con él y él sonreía como diciendo: «¿Tienes miedo?».

Al llevar los pocillos me detuve y le dije en voz baja:

—Iré...

Y apuré el paso para que no tuviese tiempo de contestarme nada.

Después doblé el mantel y las servilletas, saqué los cubiertos que Emilia había lavado y los guardé en la caja.

La tía Francisca me llevó la lámpara, y antes de salir me dió las buenas noches besándome en la frente y recomendándome que no dejara de decir mis oraciones.

Cuando cerré la puerta de mi cuarto me quité los zapatos y me metí en

la cama sin desnudarme, tapándome hasta el cuello. Repentinamente había recordado que la abuela solía levantarse a deshora para ver si estaba tapada.

Estuve así en la cama, de espaldas, tratando de no recordar nada pero no fué posible. Entonces apagué la luz pensando que la oscuridad me impediría acordarme de la promesa que había hecho a Daniel. Pero fué peor.

El reloj de la sala dió once campanadas y asustada comencé a rezar.

V

Cuando llegué al segundo patio, las hojas de la enredadera comenzaron a sisear.

Temblaba de miedo, pero no de miedo de ser descubierta. Por el contrario: con todo mi corazón hubiera querido que me sorprendieran en ese momento, porque lo que temía en realidad era que Daniel pudiera tener razón.

Atravesé el pequeño zaguán y llegué al tapial.

Con recelo, me apoyé en la baranda de la escalera y esperé.

Pasaron cinco segundos, seis, no sabría decir cuanto. El tiempo, en la oscuridad y en el silencio, parece que se detiene.

— Sube — me dijo de pronto la voz de Daniel. Era imperativa y du-

ra — Pronto vendrá Emilia.

Temblando subí los escalones. De nuevo crujió el antepenúltimo.

La mano de Gabriel me salió al encuentro y me obligó a inclinarme y a ponerme luego en cuclillas contra el marco de la puerta.

Traté de contener la respiración porque el miedo lo sentía ahora como una náusea.

— ¡Cuidado! — susurró Daniel en mi oído. — Ahí llega...

En las sombras hubo como un ligero frotar de hojas. Eché atrás la cabeza y traté de mirar por entre los barrotes de la escalera.

La sombra pasó como si no caminara, como si se deslizase por un río de miel.

La puerta del fondo se abrió con un chirrido.

— Vamos — me dijo Gabriel incorporándose — Va hacia el establo.

Me resistía a creer que aquella sombra fuese Emilia. Es decir, quería negarme con todas mis fuerzas. Hubiera deseado que fuera otra persona y no Emilia.

— ¿Es ella...? — le pregunté antes de ponerme de pie.

— Ya lo verás — me contestó Daniel, y comenzó a descender la escalera.

Lo seguí a corta distancia. Dimos un rodeo por detrás de los jazmineros que estaban oliendo con fuerza como si presintieran que dentro de poco iba a salir lá luna.

VI

La luna salió cuando Daniel subió a la pared en la que se apoya el techo del establo.

Con los pies colgados hacia afuera comenzó a deslizarse hasta encontrar la primera viga. Temblando, trataba de imitar sus movimientos. Pasó la viga y se acurrucó en un hueco desde donde me hizo señas que tuviese cuidado.

Cuando llegué, había levantado una de las tejas. La luna brillaba cada vez con más fuerza.

— Mira — me dijo.

Del hueco dejado por la teja venía un olor a alfalfa y guano de vaca. A lo lejos cantaban los gallos y un perro ladraba.

Traté de mirar pero la oscuridad era muy fuerte.

— No veo nada — le dije al cabo

de un rato.

— Sobre los fardos de alfalfa — susurró él.

Los ojos comenzaron a dolerme del esfuerzo. De pronto hubo un quejido entrecortado. Las vacas se movieron. La luna entraba por la claraboya del establo y se derramaba sobre los fardos.

El quejido se dejó oír de nuevo y una voz dijo con desmayo:

— «Basta... por favor...»

Una mano de mujer cayó sobre el charco lechoso de la luna.

— « Espera... Espera... Todavía no... » — dijo otra voz entrecortada.

Hubo un ruido y luego algo así como un sollozo.

Comprendí que estábamos muy cerca y tuve miedo.

Tomé la mano de Daniel y se la apreté con fuerza. No podía dejar de mirar, aunque de todo corazón lo deseaba. No sé por qué me pareció que

la luz de la luna comenzaba a deslizarse como si se hubiese transformado en un agua brillante y espesa. Daba con fuerza en la mano que había quedado abandonada sobre el fardo de alfalfa; luego comenzó a subir en busca de los hombros y de la cara.

En ese momento la mujer se incorporó y entró en el charco de la luna. Era Emilia. Tenía los cabellos en desorden y pajitas de alfalfa en el vestido. La otra persona permanecía en la oscuridad.

Hice un esfuerzo y volví la cabeza para no seguir mirando.

—Vamos— le dije a Daniel.

—Todavía no— me respondió. Ahora hay que esperar a que se vayan.

—Tengo que volver— se oyó decir allá abajo a Emilia.

Un hombre salió de la oscuridad y se acercó a ella. Comenzó a ponerse el saco, luego se alisó los cabellos.

—«Volveré la semana que viene» — dijo.

—«No... No...» — protestó Emilia. — «No puedo...»

—«El domingo de la semana que viene» — insistió el hombre.

Emilia suspiró como resignada. Luego dijo:

—«Está bien. Creo que la señora se irá a la finca. Pero antes avísame por favor».

El hombre no respondió. Dejó caer el saco en el suelo y la rodeó con los brazos; después la besó en la boca y la arrastró hacia la oscuridad de nuevo.

VII

Permanecí la noche entera con los ojos abiertos. Pensaba en las palabras de Daniel: «Pronto pertenecerás al *mundo de los mayores*. Serás sucia y mala como ellos».

En verdad éramos dos mundos: el nuestro, y el de «ellos». Pero, me preguntaba una y otra vez: «¿Por qué el otro tenía que ser peor que el nuestro? ¿Fatalmente, cuando llegase a grande debía ser mala?» ¡Y las veces que había soñado en ser como la abuela o la tía Francisca para poder llevar zapatos de taco alto y esos vestidos de seda que crujían tan deliciosamente en el silencio de la iglesia!

Y comencé a sentir que crecía. A pesar de mi voluntad, crecía; imperceptiblemente crecía, y hasta podía escuchar cómo mi carne se agrandaba y

cómo mis huesos se iban estirando bajo la piel caliente y erizada por el miedo.

Puse empeño para que así no fuese; hice un esfuerzo sobrehumano, pero mi corazón seguía latiendo y cada golpe suyo me anunciaba que, como una planta soñolienta, me estiraba lenta, lánguidamente y sentía que la única forma de detenerme habría sido logrando que el corazón dejase de latir.

La madrugada me sorprendió rendida. El vidrio de la banderola se había vuelto gris. Pronto saldría el sol. La abuela, en la cocina, comenzó con sus ruidos de baldes y de lozas.

Me levanté y fuí a ayudarla. Estaba en el fogón haciendo hervir el agua para el desayuno. Al verme llegar gruñó con cariño:

—Humm... No te has lavado la cara todavía...

No le contesté una palabra y me

dejé caer en un banco, pensando: «No. No es posible que la abuela sea mala y sucia como dice Daniel...»

—¡Chica!— me gritó ella de pronto. —¿En qué piensas? ¿Estás dormida aún? Vaya al altillo y despierte a Daniel...

No quería encontrarme [nuevamente con él, porque algo en mi interior me anunciaba que quizá él tuviese razón.

Cuando llegué al cuarto del altillo, estaba levantado y vestido. Miraba con tristeza el campo que se extendía hasta perderse a lo lejos.

— Te esperaba — me dijo dándose vuelta.

Sorprendida a mi vez, le pregunté:

—¿Me esperabas?

Sin contestarme salió del cuarto y bajó las escaleras.

Al entrar en la cocina, Emilia soplabá el fuego que acababa de cargar

de astillas.

Al oír mis pasos dejó de hacer lo que estaba haciendo y con un mimo, vino a mi encuentro diciéndome como todos los días:

—La niña bonita, ¿qué ha soñado?

Quiso tocarme pero esquivé su caricia. Sentía asco de su mano. Era la misma mano que había visto caída sobre el fardo de alfalfa.

Daniel se había quedado apoyado en la pared cercana al fogón y sonreía mientras miraba las llamas, distraído.

Sorprendida, ella agregó poniéndose más mimosa:

—¿Qué tiene la arisca?

Desde donde estaba, Daniel dijo sordamente:

—Emilia...

Ella volvió la cabeza.

—Me hace el favor...

Le hizo señas con la mano para

que se acercara, pero una seña llena de malicia.

Emilia caminó extrañada.

—Por favor: agache la cabeza — rogó Daniel.

Emilia agachó la cabeza temerosa, y él le quitó algo del pelo.

— Es una pajita de alfalfa — dijo luego y sonrió.

Después se volvió hacia el fogón y se inclinó como si fuese a soplar el fuego. Pero no sopló y en cambio dijo:

—¿Estuvo acaso en la estiba...?

Ví cómo Emilia se ponía pálida primero y luego roja. Apretó los puños y salió de la cocina. Al pasar detuvo sus ojos en mí, como preguntándome qué sabíamos o si yo ignoraba lo que había pasado la noche anterior. Pero agaché la cabeza y ella salió.

Daniel había dejado de soplar y se reía con una risa sofocada.

BIBLIOTECA DE LETRAS

Donación

de Inés y David

Lagmanovich

Sentí que lo odiaba con una rabia ciega y que hubiese querido que no fuera verdad lo de la noche anterior.

VIII

Pensaba que en muchas cosas tenía razón. De otras me negaba a creer lo que afirmaba. Es cierto que algunas de ellas no las he visto, por miedo de que fuesen verdaderas, cuando él quiso mostrármelas.

¡Ah, he vivido entre la curiosidad y la angustia! A veces, la curiosidad vencía y cuando la verdad me atrapaba, sufría por causa de que ésto o aquello fuese así y no de la manera como yo ^{era} hasta entonces lo había imaginado. Y el conocer una nueva verdad me producía una sensación de vacío, una tristeza y tenía ganas de morir porque no me atrevía a preguntarles a «ellos» si era cierto todo cuanto me estaba pasando, si no era nada más que un sueño del que a veces quería despertar, llamada por la voz

de la tía Francisca, de la abuela, o de Emilia.

A quien perdí casi al último, fué al abuelo. Tenía la secreta esperanza de que Daniel nada podría contra él. El abuelo era para mí la personificación del Ángel de la Guarda y del Padre Noel al mismo tiempo, pero un Ángel de la Guarda pesado, fofo, con su cuerpo réchoncho y su andar menudo.

Llegaba siempre, quince minutos antes de la cena silbando la misma melodía. Yo lo esperaba sentada en el umbral de la puerta. Volvía de conversar con sus amigos en el restaurante de la plaza. Mientras caminaba movía la cabeza como si estuviese a punto de echarse a bailar. Parecía como si la melodía del silbido lo arrastrase. La abuela decía que era el vals que los dos habían bailado por primera vez. Él caminaba al compás de la mú-

sica, abstraído, bailando siempre en su memoria con la abuela joven, graciosa y eternamente feliz.

Se sentaba en el sillón y se ponía las pantuflas de lana, si era invierno o las de cuero trenzado, si era verano. Pedía el diario que el cartero traía de la ciudad a las cinco de la tarde y comenzaba a leer.

Yo sabía si las noticias eran buenas o malas por sus gestos. Cuando leía una noticia mala, estiraba los labios como si fuese a dar un beso muy cómico y hacía el mismo ruido que los cocheros hacen para azuzar a los caballos. Si la noticia era buena, se mordía el labio, los ojitos le brillaban y terminaba diciendo:

—¡A-ja - já!

Entonces intervenía yo: me acercaba suavemente y me detenía a su lado sin decir palabra. Él, me sentía llegar pero se hacía el distraído. Yo espera-

ba dos, tres, cuatro minutos hasta que bajaba el diario y decía como si hubiese recordado de pronto:

—¡Ah! Eres tú María. Si. Claro que me he acordado de ti mientras tomaba el aperitivo...

Y buscaba afanoso en los bolsillos pero no podía encontrar nunca nada, hasta que al fin exclamaba:

—¡María! Será mejor que con tu mano, que es más chica que la mía, saques del bolsillo endiablado unas cositas que te he traído.

Todos los bolsillos eran endiablados. Sabía que a mi me gustaba urgar un rato antes de sacar los caramelos y los confites. Le revolvía los papeles, las llaves, botones sueltos y otras cosas que siempre tenía adentro, imaginando que mi mano se había convertido de pronto en un ratón y que jugaba encantado.

Pero teníamos también otro juego:

junto con los caramelos yo me llevaba algunas de esas cosas y él me dejaba robarlas hasta que, luego de la cena, se daba cuenta y protestaba. Pero todo terminaba en risa, haciéndome sentar sobre sus rodillas y acariciándome el cabello con su mano perfumada que olía a madreSelva.

Sé que me quiere mucho. Y ahora sufre pensando que puedo haberme dado cuenta de lo que hace, de cómo se gana la vida. Desde que lo supe por Daniel no he podido acercarme más. Me sucedió lo mismo que con Emilia. Hay algo que me impide hacerlo y no es asco en este caso, sino tristeza, esa tristeza infinita que me queda, luego que conozco una nueva verdad.

Y él espera en vano que yo vuelva como antes, a jugar el mismo juego de burlas y mentiras, pero creo que no podré hacerlo ya nunca jamás.

IX

Quería probarme yo misma que el abuelo era bueno. Este deseo terminó siendo una necesidad. Abrigaba la secreta esperanza de que esta vez Daniel se equivocara.

—Quiero que me demuestres que el abuelo es tan sucio como los otros... — le dije esa tarde cuando resolví enfrentarlo —.

Él sonrió luego de mirarme un rato. Tenía un aire de triunfo, como si hubiese estado esperando que yo dijese lo que acababa de decir.

Subió corriendo las escaleras del altillo y regresó con una caja de madera, una vieja caja de cigarros. La abrió y de adentro tomó un papel verdoso con unas letras, el nombre del boticario, el nombre del abuelo y un número.

Me lo entregó. Yo lo miré por todos lados y se lo devolví diciéndole:

— No entiendo...

Entonces me arrastró de la mano y salimos corriendo a la calle.

Al pasar por la cocina oí que la tía Francisca gritaba:

— ¡No se demoren que pronto estará servido el té...!

Cruzamos la plaza y doblamos por la calle del Correo. El corazón, del susto, no me latía. Dos o tres veces quise zafarme de su mano y preguntarle a dónde íbamos, pero él continuaba su carrera.

—Aquí es —dijo al fin — deteniéndose. Era la casa del boticario.

Dió tres golpes con el llamador de bronce que hay en la puerta y que tiene la forma de una pata de animal. El zaguán sonó como una tinaja.

Al fondo, la mujer del boticario chilló con esa voz de gallina que tie-

ne cuando se enoja.

Cuando se abrió la puerta se secaba las manos en un delantal a cuadros. Daniel preguntó por el boticario. La mujer levantó una ceja y a su vez lo interpeló agresiva:

—¿Para qué lo quieres?

—Él ya sabe— dijo Daniel insolente.

La mujer desconfiaba. Al fin vaciló y a desgano dijo:

—Está en el negocio...

Daniel hizo ademán de volverse cuando la mujer se apresuró a detenerlo:

—Por dentro de la casa el camino es más corto. No hay necesidad de dar vuelta a la manzana.

El patio estaba lleno de macetas con helechos y begonias. Atravesamos un pasillo y una pieza y entramos a la trastienda de la botica. El olor a remedios me hizo recordar el invierno cuando me enfermo y la abuela me

unta el pecho con una pomada que siempre tiene en un frasco color caramelo.

El boticario estaba en el mostrador despachando a unos viejitos. La mujer le habló al oído, entonces, él vino hacia nosotros con aire severo.

—¿Me trajiste eso? — preguntó a Daniel.

Daniel dijo que sí con la cabeza.

El hombre estiró la mano.

—Antes quiero una cosa —dijo Daniel retrocediendo.

—¿Dinero? —preguntó con fastidio el boticario.

—No... No me interesa— le contestó.

—¿Entonces?

—Quiero que le diga a ésta —y me señaló a mí— quien es don Eusebio y de qué vive...

El hombre se mordió los labios.

—Si... Pero... —tartamudeó.

Daniel insistió con dureza:

—Le dice o me llevo de vuelta el documento.

El boticario se apoyó en una estantería y me tomó de los hombros como si quisiera consolarme de antemano.

—Es una palabra dura. Quizás no sepas el significado... De todos modos, alguna vez tienes que saberlo... Pero, creo que se puede llamar... *usurero*.

Marcó las sílabas como si le molestaran en la boca.

Daniel me dijo:

—¿Entiendes ahora?

Bajé los ojos como si hubiese entendido.

—Bueno —dijo el boticario mortificado— ahora dame el documento.

Daniel sacó el papel verdoso del bolsillo y se lo entregó. El hombre rió satisfecho y lo fué haciendo pedazos.

—¿Qué quieres en pago? ¿Lo convenido? —le preguntó a Daniel.

Pero él seguía mirándome y esperando que levantara la cabeza.

—¿Caramelos? —insistió el boticario.

De pronto se volvió y escupió en el suelo como si le causase asco y salió corriendo a través del negocio.

X

Comprendí entonces, aun cuando no sabía qué significaba la palabra que acababa de decir el boticario, por qué las gentes del pueblo, cuando hablaban del abuelo lo hacían con desprecio y también el sentido de las bromas que me dirigían los parroquianos de la tienda o del almacén cuando me veían entrar a comprar algo. Era como si yo también estuviera contagiada por el mismo mal del abuelo.

Así es cómo ya no puedo acercarme a él con confianza. Comencé a huirle temiendo que descubriese que yo estaba en posesión de *su* secreto.

Pero, ¿y la abuela lo sabía también? ¿Y si lo sabía, por qué no hacía nada para impedir esas cosas? ¿O acaso ella también...?

Varias veces me asaltó la duda de

que todo no fuera sino obra de Daniel. «Quizá»,— me decía— «se puso de acuerdo con el boticario». Pero luego pensaba: «No. No es posible que don Gutiérrez, un hombre tan serio y tan formal se preste a las artimañas de un chico como Daniel».

Al cabo de una semana había conseguido desechar la idea de que el abuelo y la abuela eran también malos, pero después las cosas se complicaron.

Estaba barriendo el comedor cuando escuché voces en el escritorio del abuelo.

Él, la abuela y la tía Francisca hablaban a gritos.

Al cabo de unos instantes se abrió la puerta y la abuela me llamó:

—¡María! Ven que te necesitamos...

Entré. Los tres estaban pálidos. El abuelo revolvía unos papeles del escritorio; abría y cerraba cajones; había volcado el cesto de papeles sobre la

mesa. La tía Francisca hojeaba libro por libro de la biblioteca.

La abuela me preguntó:

—¿Quién ha limpiado el escritorio?

—¿Cuándo? — balbucí muerta de miedo.

—¡Ayer... hoy... la semana pasada! —gritó el abuelo.

Hice señas que no, por temor de que la voz me delatase.

—No, qué... —gritó la tía Francisca.

—Yo no, tía —tartamudeé.

La abuela me zamarreó de un brazo. Estaba completamente cambiada.

—¿Quién entonces? —dijo furiosa.

—Emilia... Daniel... —agregué casi sollozando, pero no por los gritos.

—¡Vaya y llámelos! —me ordenó el abuelo.

Salí corriendo. Busqué a Daniel y a Emilia y luego me encerré a llorar en mi cuarto.

Las voces en el escritorio se oían

llenas de dureza.

Dejé de llorar picada de pronto por la curiosidad. El abuelo gritaba a Emilia y Emilia se defendía ahogada por el llanto.

Luego de un rato se calmaron las voces. El abuelo salió a la calle dando un portazo.

Decidí acercarme de nuevo para escuchar mejor. Cuando llegué a la ventana la abuela había recobrado la calma y hablaba con esa voz grave y pausada que tiene cuando recibe a las visitas.

—Hay que ser más cuidadosos, hijos. —decía— Ustedes, posiblemente han barrido un documento que para Eusebio significaba mucho dinero. Cuando vean cosas en el suelo, recójalas y pregunten a los mayores que saben más que ustedes, qué es lo que sirve y qué no sirve.

Daniel y Emilia salieron luego. Emi-

lia tenía los ojos enrojecidos; Daniel,
cínico trataba de ocultar una sonrisa.

Al pasar a mi lado me guiñó un ojo.

XI

¿Cómo conocía tantas cosas? Para mí fué siempre un misterio. Tenía dos años más que yo. Por eso pensé que quizá las adivinaba y comencé a huirle. Pero fué él, entonces, quien me persiguió. Me buscaba a cada rato y por el menor motivo; me acorralaba y lo peor de todo es, que sabía los lugares en donde yo podía esconderme y siempre me encontraba.

Pero ahora comienza lo extraordinario de mi historia: sin saber cómo ni por qué entendí de golpe que él no me perseguía sino que me necesitaba; si, me necesitaba en forma angustiosa. Hasta entonces las verdades que me había revelado habían ido preparando el camino para otra mayor. No era por maldad que me había estado haciendo conocer una por una las cosas sino

porque me quería y deseaba que yo compartiese su secreto, este secreto que no puedo contar a nadie, porque nadie lo creería.

Aquello sucedió una tarde. Y ahora pienso que todas las cosas terribles sucedieron de tarde o bien, al anochecer. Por eso muchas veces he sentido, y ya lo dije, que todo no fué nada más que un mal sueño, una pesadilla, que estoy enferma con fiebre, con la fiebre que suele venir junto con esas enfermedades muy graves y que hace soñar cosas imposibles. Pronto despertaré y entonces me reiré de mi misma, de lo tonta que fuí. ¡Ah, si en el viaje hubiese encontrado al Gran Ofir, las cosas hubiesen sido distintas y ahora sabría la verdad!

Pero continúo: dije que comprendí que Daniel me necesitaba. No, no era broma ni crueldad sino que verdaderamente estaba en un apuro muy grande.

Esa tarde volvíamos de la iglesia después de la novena. Era a principios de la primavera cuando están por comenzar las lluvias y el aire tiene un extraño color entre azulado y verdoso, como de agua, y los pájaros regresan en bandadas desde lejos, lentos y perezosos como bogando con sus alas por un agua plácida y detenida.

Habíamos cruzado la plaza cuando Daniel me tomó de la mano y me dijo:

— Tengo que confiarte algo.

Intenté apresurar el paso porque temí que fuese a contarme otra de aquellas verdades que me ponían tan triste y que tanto me hacían sufrir.

— Espera — me dijo.

En su voz había un tono de angustia que me hizo vacilar. Me detuve.

— Sabes — continuó él con un temblor en la voz — Yo no quiero crecer. No quiero hacerme hombre.

Al principio no entendí lo que me

decía. Debí de hacer un gesto de extrañeza porque él insistió:

— Quiero que tú y yo sigamos siendo así para siempre. Hasta que nos muramos.

Ensayé una sonrisa como si lo que me acabase de decir se tratara de una broma. Entonces se angustió aún más.

— Créeme... No quiero que lleguemos a mayores... No quiero ser como ellos, como Emilia, la tía Francisca, el abuelo, o la abuela...

Escondió la cara entre las manos. Lloraba.

Me senté en el banco y esperé que se le pasara. Traté luego de consolarlo. Le dije que cuando creciese iba a ser un gran hombre, un ingeniero, o un médico... Por la fuerza de la costumbre estuve a punto de decirle: « como el abuelo », pero me contuve mordiéndome los labios.

El levantó la cabeza y agregó con

mucha tristeza :

— No. Y falta muy poco para que los dos entremos *en el mundo de los mayores*.

Cuando decía: *el mundo de los mayores* ponía un acento de odio y asco al mismo tiempo.

—Pero es necesario —le dije tratando de consolarlo.

— Por eso mismo — me contestó y me confesó que le espantaba el verse crecer; le espantaba comprobar cómo de una semana a otra había crecido, cómo la ropa de un año para el otro ya no le servía y cómo llegaba un día en que el zapato viejo, el preferido, no calzaba en el pie.

Entonces me dijo:

—Sin embargo, y aunque tú no lo creas, hay una forma de no crecer.

Buscó afanosamente en los bolsillos de su chaqueta y sacó una libreta muy sucia. La hojeó rápida, nerviosamente

hasta dar con un pedazo de periódico, un recorte viejo y amarillento que me lo pasó diciendo:

— Mira...

Lo tomé temblando y leí:

Parque Central
Feria de Maravillas

Hoy — Gran Espectáculo — Hoy

EL GRAN OFIR

*Mago oriental. Puede revelarle a Ud. los
secretos de la vida y de la muerte.*

*Adivina el pasado, el presente y el futuro.
¡Consúltelo!*

—Es un amigo —dijo Daniel bajando la voz.

Parecía como si tuviese un secreto orgullo en serlo. Me habló de él; me dijo que lo había conocido la noche que se fugó del orfanato.

—¿Del orfanato? —le pregunté.

—Si. —agregó con vergüenza— Es donde vivimos los que no tenemos padres.

Cansado de los malos tratos había decidido fugarse. Con una llave robada abrió la puerta. Anduvo ambulando por la ciudad hasta la madrugada, hasta que dió con el Gran Ofir. Se hicieron muy amigos y trabajó con él, de ayudante, en su carpa. El Gran Ofir le compró un pantalón de seda verde y una casaca.

Me habló también de la señora Elena y del experimento. De como el Gran Ofir sabía el secreto por el cual los hombres eran malos. Él preparaba un remedio que iba a causar una gran revolución en la ciencia. Le faltaba muy poco para dar con la fórmula. Cuando estuviese listo, los niños no crecerían más; ahí estaba el secreto: impedir que los niños llegaran a hombres. Sin embargo el experimento era

muy costoso; el Gran Ofir necesitaba mucho dinero.

Yo lo escuchaba aterrada. No había imaginado que en la ciudad pudieran existir tantas cosas.

Cuando dejó de hablar ya se había hecho de noche.

—Vamos le dije— Nos estarán esperando...

Pero él me retuvo obligándome a tomar asiento de nuevo:

—Espera... Quiero proponerte algo. ¿Quieres venir conmigo a la ciudad? Voy a volver con el Gran Ofir.

En un primer momento me gustó la idea. La maldita curiosidad comenzó a picarme.

—¡Oh, sí! —le dije.

Pero luego me arrepentí y agregué:

—¿Y el dinero...? Eso cuesta mucho dinero.

—Lo tengo —me dijo él— y además tengo el dinero para el experi-

mento.

Yo guardé silencio entonces.

Él comenzó a gritar:

—¿Qué tienes? ¿Por qué no me contestas?

Levanté la cabeza y lo miré a los ojos. Luego le pregunté llena de temor:

—Y el dinero, ¿de dónde lo sacaste?

Se echó hacia atrás dispuesto a defenderse.

—Eso no te importa —gritó.

Luego de pensar un instante le pregunté angustiada:

—¿Como el papel del boticario?

Entonces se abalanzó sobre mí y me pegó en la cara. Las lágrimas me saltaron; pero de orgullo esa vez no lloré.

XII

Esa noche nos fuimos de la casa. Lo seguí un poco por piedad y otro poco por miedo, pues él parecía decidido a todo.

De nuevo simulé que me iba a dormir; le di el beso acostumbrado a la tía Francisca y venciendo la repugnancia que sentía, a la abuela y al abuelo.

Después de la una, vino Daniel a buscarme. Había hecho un atado con su ropa y llevaba un poco de comida que sobró aquella noche.

Atravesamos la plaza corriendo y dimos un rodeo por detrás de los depósitos de González y Cía.

Cuando llegamos a la estación Daniel me dió la mano. Entramos a las vías por un portón que queda más abajo de la estación y comenzamos a

caminar pegados a los hilos del semáforo.

De improviso Gabriel dijo:

—¡Corre! ¡Rápido! ¡Ahí viene un sereno!

Y se lanzó en la oscuridad.

Traté de seguirlo pero me caí. Había tropezado con algo que no pude distinguir en la oscuridad.

Daniel se volvió y me ayudó a levantar.

Por fin llegamos a unos vagones. El último tenía una lucecita roja colgada al final.

Daniel comenzó a tantear las puertas hasta que al fin dijo:

—¡Aquí está..! ¡Ayúdame!

Trataba de abrir una hoja separándola de la otra. Hice lo que pude hasta que la puerta comenzó a ceder con un chirrido que me erizó los pelos.

A duras penas entramos por el portillo. Una vez adentro tratamos de

juntar las hojas nuevamente.

Afuera se oyeron pasos. Alguien venía silbando. Daniel me empujó al fondo del vagón. Un rayo de luz se quebró en la hendidja de la puerta pero sólo fué un instante. Luego se alejó lamiendo las paredes y la oscuridad finalmente volvió a cerrarse. Yo estaba en el suelo hecha un ovillo. El lugar olía a ratón, paja, fruta podrida y orines.

Quise decir algo pero Daniel me ordenó silencio.

Sentía frío. Descubrí un poco de paja; apelotonándola, traté que me sirviera de almohada.

El olor a paja es lo último que recuerdo porque el silencio y la oscuridad comenzaron a amodorrarme y pronto me quedé dormida.

XIII

Me desperté con un fuerte sacudón y un estruendo de hierros y maderas. Muy cerca una máquina dió una larga pitada. El vagón comenzó a balancearse. Abrí los ojos. El sol se filtraba por miles de hendidias. Sentí como si el vagón fuese a estallar a causa de la luz. Me incorporé.

En un rincón, al frente, Daniel comía una manzana y escupía los restos.

Sentí hambre pero antes que tuviese tiempo de pedir nada, ya él la había partido y me alcanzaba la mitad.

Cuando terminé de comerla me dijo:

—Estamos por llegar.

Me acerqué hasta la puerta. Afuera, el campo pasaba tan rápido que sentí vértigos. Aquí y allá aparecía una casa, que luego desaparecía.

—Ahora cruzaremos el puente —di-

jo Daniel limpiándose las manos en el pantalón— Prepárate porque queda a sólo unas cuabras de la estación y tenemos que saltar antes de llegar.

El estruendo fué terrible. A causa de querer taparme los oídos me caí y estuve en el suelo hasta que pasó el último tramo.

—Vamos —me ordenó Daniel.

La máquina volvió a silbar pero esta vez con un toque largo y otro más corto. El golpeteo de las ruedas se fué espaciando.

Empujamos la puerta hasta que la abertura nos permitió pasar holgadamente.

Antes de arrojarse afuera Daniel me gritó:

—¡Salta...!

Yo vacilé un momento y lo ví caer apoyando ambas manos en el suelo. El envión le hizo dar un salto. Desde el suelo volvió a gritarme:

—¡Rápido!

Entonces cerré los ojos y me dejé caer.

Sentí un golpe en la cabeza pero ningún dolor. Daniel corrió y me ayudó a levantar.

—Ahora corramos —me dijo y sin dejarme pensar más me arrastró de la mano. Lo seguí cegada por la luz del sol. Cuando pude ver mejor estábamos frente a un portón negro. Volví la cabeza y ví que el tren de vagones, en el cual habíamos venido, se detenía. La máquina lanzaba por un costado un gran chorro de vapor.

XIV

Daniel dijo:

—Ya falta poco.

Comenzaban a dolerme los pies. Las casas, que eran bajas como las del pueblo, de pronto se habían levantado a dos, luego a tres, cuatro y más pisos. Eran las primeras que veía en mi vida, aunque por los periódicos y por las conversaciones del abuelo, la abuela y la tía Francisca, sabía que eran así.

Con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y el atado ensartado en un brazo, Daniel caminaba dos o tres pasos adelante.

La calle por donde íbamos, repentinamente se ensanchó, transformándose en una avenida. A lo lejos se podían ver otros edificios mucho más altos, tenían tantos pisos y estaban tan lejos que ya no los podía contar.

Daniel caminaba tan silencioso que no me atreví a preguntarle cómo hacían las gentes para subir hasta los últimos.

—¡Cruza! —me gritó Daniel echándose a correr y cruzando la avenida.

Lo seguí lo más cerca posible. Tenía miedo de los autos que iban y venían. Daniel se coló por una verja. Levanté los ojos y vi un letrero que decía:

FERIA MARAVILLOSA

HOY — *Gran Función* — HOY

Atracciones Mecánicas - Juegos de Azar

¡Pase y Diviértase!

Entramos por una larga avenida a un lado y otro de la cual se alzaban toldos de todos colores, carpas, aparatos de hierros, algunos tan altos como la grúa que en el ingenio levanta los fardos de caña.

Doblamos por otra callejuela en donde los carteles eran más chicos. Algunos decían:

¡LA VUELTA AL MUNDO
EN SEIS MINUTOS!

Entrada \$ 0.50

¡PRUEBE SU PUNTERÍA!

6 Tiros por un peso

¡HAGA SONAR LA CAMPANA!

¡Grandes Premios!

Verdaderamente nunca había imaginado que pudiera haber tantas cosas y tan hermosas. Hubiese querido gritar, aplaudir y dar saltos de alegría. Hubiese querido entrar en cada una de las carpas para ver qué había dentro, pero Daniel seguía caminando y no iba a perderlo de vista.

Al fin llegamos a una carpa que estaba casi al final de la callejuela. Era muy pequeña y de color verde y blan-

co. El letrero de la entrada decía:

EL GRAN OFIR LE DIRÁ SU
PRESENTE, SU PASADO Y SU
PORVENIR

¡Absoluta reserva!

La consulta: \$ 1.-

Me acuerdo como si lo estuviese viendo de nuevo.

Daniel vaciló antes de entrar. Yo me tomé de su saco.

En la primera pieza no había nada más que sillas. Daniel abrió una cortina y entramos en un gran recinto; aquí y allá estaban desparramados almohadones; al fondo, había una mesa y luego otra cortina. Entramos en una especie de dormitorio.

Una mujer estaba vistiéndose en ese momento y dió un grito.

Yo me escondí detrás de Daniel.

La mujer dijo:

—¡Ah!, eres tú —como reconociendo a Daniel pero luego levantó los brazos y comenzó a chillar:

—¡No queremos saber nada contigo! ¡Ya te dijimos que no volvieras nunca! ¡Demasiados dolores de cabeza nos diste con la policía...! Seguramente te has vuelto a escapar... pero no pienses que te volveremos a esconder como la vez pasada...

Mientras la mujer gritaba, Daniel la miraba con odio. En cuanto ella hizo una pausa escupió a un costado y dijo luego de limpiarse la boca con la manga del saco:

—Necesito verlo.

—Ha salido. No está —volvió a chillar la mujer— No sé cuándo vuelve. Seguramente, a la hora de la función. ¡Vete...! ¡Vete!

Como si la mujer no estuviese presente Daniel trajo una silla y se sentó poniendo a su lado el atado de

ropa.

—Esperaré hasta que vuelva —dijo casi sin mover los labios—. Ahora tengo lo necesario para el *experimento*.

La mujer al oír la palabra *experimento* levantó los brazos y comenzó a revolverse los cabellos.

—¡Idiota! —dijo— No hay tal *experimento*. Todas son mentiras. Es el mentiroso más redomado. Yo también fui víctima de una de sus mentiras. Nada más que soy una sentimental y por eso no puedo dejarlo. ¡Vete! ¡Vete! ¡Te he dicho que me hagas caso. ¡Llamaré a los guardias!

Se acercó amenazadora pero Daniel levantó la cabeza y la miró fijamente. La mujer se detuvo a medio camino.

—¿Y eso? —preguntó señalándome— No sólo te escapas del orfelinato sino que también te vienes acompañado...

Llegó hasta donde yo estaba redo-

blando los gritos.

—¿Y tú quién eres? ¿También te has escapado del orfelinato? ¿Cómo te llamas?

Escondí la cara entre las manos porque los ojos de la mujer me dieron miedo. Estaba muy pintada y tenía parte de los cabellos atados con tirillas de trapo.

—¿Qué ocurre? —oí que preguntaban a mis espaldas. Levanté la cabeza. Era un hombre alto, moreno, envuelta la cabeza en un gran turbante azul. Acababa de entrar y tenía aún la mano apoyada en la cortina.

—¿Qué ocurre? —volvió a preguntar esta vez con más dulzura y soltó la cortina.

—¿No ves? —gritó la mujer señalando a Daniel— Nuevas complicaciones. Y todo por tus malditas mentiras. No acabamos de salir de una cuando ya caemos en otra. Y como

si él no fuese bastante se viene ahora acompañado.

El hombre miró a Daniel primero y luego a mí.

—¿Te has vuelto a escapar? —le preguntó.

Daniel movió la cabeza afirmativamente.

El hombre se acercó, tomó una silla y se sentó a horcajadas apoyando los brazos en el respaldo; después comenzó a acariciarse el mentón y al cabo de un rato dijo:

—¿Por qué has vuelto?

Daniel se acercó.

—Por el *experimento* —susurró suavemente.

El hombre meneó la cabeza como si estuviese apesadumbrado y agregó:

—No puede ser. Creo que el Gran Ofir ha fracasado.

Daniel abrió muy grandes los ojos y lanzó un grito:

—¡No! ¡No puede ser! ¡Ahora tengo todo el dinero necesario!

La mujer intervino.

—De una vez por todas acaba con esa patraña, Miguel —dijo— Dile la verdad.

—¿La verdad? La verdad...—repitió el hombre como apesadumbrado— ¿Hay alguien que pueda saber la verdad? Ni yo mismo que pretendo decírsela a los cientos de idiotas que vienen a consultarme. Además, ¿para qué sirve? Cualquier cosa les basta para seguir viviendo. Eso es lo que nos hace falta, mentiras que nos permitan seguir viviendo...

La mujer hizo un gesto de desprecio y salió.

El Gran Ofir tenía modales suaves y una mirada muy dulce. Me sentí invadida por una gran confianza y me pareció que podía acercarme sin miedo y así lo hice.

—¿Es tu amiga? —le preguntó a Daniel.

—Es de la casa adonde me enviaron del orfelinato.

—Bien—agregó el hombre. —El Gran Ofir proseguirá con su *experimento*, pero bajo una condición.

—¿Cuál? —preguntó Daniel.

—Que vuelvas a tu casa... a la casa donde estabas, con la niña.

Daniel hizo un gesto de asco y gritó:

—¡No! No quiero volver. Esperaré hasta que el *experimento* esté terminado. Aquí tengo la plata...

Comenzó a desenvolver el atado de ropa y sacó de la manga de una camisa, tres billetes azules.

—¡Santos cielos! —dijo el hombre— ¿De dónde sacaste tanto dinero?

—No te importa —le contestó Daniel.

El Gran Ofir se levantó y comenzó a pasearse. Daniel lo seguía con la

vista, ansioso. Al fin se detuvo y dijo:

—No puedo aceptar ese dinero... tienes que devolverlo a su dueño...

Se sentó en la cama y llamó a Daniel. Este se acercó entre miedoso y sorprendido. Yo fuí detrás de él. Lo tomó de los hombros, primero y luego comenzó a acariciarle el cabello.

—Vamos a hablar claro —dijo.

Daniel asintió con la cabeza.

—Todo lo que te he dicho —comenzó diciendo; pero luego se interrumpió:

—Daniel —continuó con decisión— Quiero confiarte un secreto: Esta noche terminaré con mi *experimento*. Voy a cedértelo gratuitamente. Pero me tienes que prometer una cosa; mejor dicho dos...

Daniel abrió la boca sorprendido por lo que acababa de oír.

—En primer lugar —prosiguió— no tienes que contarle a nadie que es-

tuviste conmigo esta noche y luego...

Lo apretó entre sus brazos fuertemente.

—...y luego —agregó— tienes que volver a la casa y llevarte a la niña contigo... Esta noche te daré el remedio... Seguiremos siendo amigos...

Daniel agachó la cabeza. Luego dijo con voz ronca:

—Te lo prometo.

El hombre se levantó. Yo hubiese jurado que tenía los ojos llenos de lágrimas, pero también pudo ser la luz que se filtraba a través de la carpa y que teñía todas las cosas de verde...

XV

Vagamos por la ciudad durante la siesta y la tarde. Fuimos primero a un gran parque, después al puerto y luego a la plaza central.

Confieso que estaba deslumbrada por lo que veía a cada paso, y en algunas cosas hubiese querido quedarme a mirarlas un largo rato pero Daniel seguía caminando como sonámbulo y no hacía caso de mis ruegos.

Trataba de pensar; pero lo nuevo me tironeaba y me obligaba a olvidar las preguntas que cada rato me hacía: ¿Dónde iríamos después? ¿Nos echarían de menos la abuela, Emilia y tía Francisca? ¿Qué cara habrían puesto cuando descubrieron que no estábamos? ¿Y el dinero...?

Cada vez que recordaba el dinero sentía un vago temor de que algo gra-

ve pudiese pasarnos. Sobre todo por la actitud de la mujer y por las palabras del Gran Ofir.

Hay algo que todavía hoy recuerdo y es la tristeza con que el mago le habló a Daniel; parecía como si le doliese tener que dejarnos y hasta podría afirmar qué si no hubiese sido por la mujer nos habríamos quedado para siempre a su lado.

Al anoecer tuve hambre. La comida del atado se había terminado y Daniel resolvió comprar unas milanesas que vendían en un carrito ambulante. Era muy lindo. Estaba pintado de azul y tenía una cocina en el medio y una gran chimenea de latón negro.

Cuando llegamos a la Feria de las Maravillas me llevé una gran sorpresa. Nunca creí que pudiera cambiar de ese modo. Estaba íntegramente transformada, llena de luces, de gentes, de gri-

tos, de música.

Las carpas brillaban bajo los reflectores. La grúa se había convertido en una inmensa estrella de luces que giraba, llevando canastas con pasajeros. ¡Cómo hubiera querido subir a algunos de los juegos!, pero Daniel no hacía sino pensar en el experimento del Gran Ofir.

Entramos a su carpa por la parte trasera. La mujer estaba pintándose frente a un espejo. Tenía un corpiño de seda roja y unos pantalones azules bordados con lentejuelas.

Al vernos entrar dejó el cigarrillo sobre el velador.

—¡Ah! —dijo— son ustedes...

Se dirigió a un armario bajo y de color oscuro que había en un ángulo y sacó un paquete.

—Me dió esto para ustedes —dijo alcanzando el paquete a Daniel. Tomó el cigarrillo del velador y echó

una bocanada. Luego agregó:

—Y dijo que se marcharan lo más pronto posible.

Señaló a Daniel con el dedo:

—Ya sabes —continuó— Ni una palabra a la policía de que estuviste aquí, y aun menos de que nos viste.

Se dió vuelta, tomó unas medias de sobre el toilette, se sentó en el borde de la cama y cruzando una pierna comenzó a ponérselas.

Daniel permanecía de pie sin decir palabra. La miraba con rabia. Cuando la mujer terminó cruzó la otra pierna e hizo ademán de ponerse la otra. Nuevamente se fijó en nosotros.

—Bueno... —dijo— ¿qué esperan?

—¿Eso es todo? —preguntó Daniel.

—¿Que más querías? —dijo ella entrecerrando los ojos para evitar el humo del cigarrillo.

Daniel vaciló. Luego agregó con un temblor en la voz:

—¿No me dejó ningún otro mensaje...?, quiero decir... personal...

La mujer lanzó una carcajada chillona.

Daniel apretó con fuerza el paquete contra el pecho y salió de la carpa corriendo. Le di alcance fuera de la feria, cuando ya había cruzado la avenida arbolada. Al llegar estaba sonándose las narices detrás de un árbol. Ordenó como siempre:

—Tenemos que buscar adónde dormir. Se hace tarde...

XVI

—¿Tienen dinero? —preguntó el hotelero echándose sobre el mostrador

Daniel sacó uno de los billetes azules y se lo enseñó. El hombre hizo un gesto de sorpresa muy cómico.

Tomó una llave de un llavero:

—Vengan —nos dijo saliendo del mostrador.

Lo seguimos por un pasillo angosto y oscuro. Al final había un foco metido en una rejilla de alambre que apenas si alumbraba.

Con la llave, el hombre abrió una de las piezas.

—Aquí tienen —dijo sonriendo satisfecho —Una cama de primer orden. Sábanas limpias...

Prendió la luz.

En efecto: la cama era grande. Tenía una colcha de lana gris. Sobre el

velador había un botellón de vidrio con agua y un vaso.

—Si tienen necesidad toquen el timbre...

—No habrá necesidad —lo interrumpió Daniel.

El hotelero dejó la llave sobre el velador y se marchó cerrando la puerta. En cuanto hubo salido, Daniel echó llave a la puerta por dentro. Sacó el paquete que la mujer del Gran Ofir le había dado y lo desenvolvió. Era una botellita con un líquido de un color amarillo verdoso. Daniel se puso a contemplarla a la luz de la lámpara.

El tapón estaba amarrado con varias vueltas de piolines. Para poder deshacer el nudo tuvo que sentarse en la cama. Al fin pudo sacar el tapón pero vaciló aún unos instantes antes de tomar el contenido. Luego cerró los ojos y comenzó a beber a grandes

tragos.

Antes de terminar se detuvo. La botella estaba a menos de la mitad.

—¡Ahora bebe! — me ordenó alcanzándome la botella.

Yo retrocedí aterrada. Daniel hizo una mueca y se levantó.

—¿Tienes miedo? ¿Piensas abandonarme..?

Temblando estiré la mano:

—¡No..! ¡No..! —dije— ¿Cómo piensas que yo..?

—¡Bebe, entonces! —volvió a ordenarme.

Hice un esfuerzo para vencer el miedo y la repugnancia, y me llevé la botella a la boca. Bebí un trago. El licor era agrio, pero luego se volvía dulce y tenía un gusto mezcla de limón y menta.

—¡Bebe! —insistió Daniel.

—¡Ya no más!—supliqué.

Volví a beber dos o tres tragos

Daniel seguía insistiendo para que terminase el contenido pero el asco pudo más y dejé caer la botella que se hizo pedazos. Muerta de miedo y temiendo la reacción de Daniel me acurrugué en un rincón y me cubrí la cara con los brazos.

Él vino hasta donde yo estaba, pude ver sus pies a través de los brazos pero no me hizo nada. Sin decir palabra se alejó.

Cuando levanté la cabeza estaba desvistándose y había abierto la cama.

Cuando terminó, se metió en ella y se tapó hasta la cabeza.

Así estuve un largo rato esperando que se durmiera. Cuando me pareció que lo estaba, me acerqué sigilosamente y comencé a quitarme el vestido.

—¡Apaga la luz antes de acostarte!
—me dijo con una voz extraña.

Yo dí un salto asustada.

XVII

Me dió mucho trabajo poder dormirme. Tenía los nervios tan tensos que me fué imposible cerrar los ojos.

Así estuve durante dos o tres horas, según creo.

A mi lado Daniel dormía profundamente.

Las voces de los cuartos vecinos me llegaban turbias y lejanas. Quizá haya sido mi imaginación y el miedo que tenía los que me hicieron oír risas, quejidos, voces de mujeres y un continuo ir y venir de gente por el pasillo.

El sueño vino de improviso y me dormí con fuerza, pero no por mucho tiempo. Comenzaron a golpear bruscamente la puerta. Me incorporé en la cama.

—¡Aquí los buscan! —dijo el ho-

telero — Un señor desea verlos...

Busqué mi vestido a tientas en la oscuridad. Al fin conseguí dar con la llave de la luz.

El hotelero que había redoblado los golpes se calló cuando vió la luz encendida.

Daniel seguía durmiendo profundamente. Comencé a sacudirlo, pero no se despertó. Lo llamé varias veces, pero tampoco obtuve respuesta.

Pensé en el Gran Ofir, en la botella que habíamos tomado...

Desesperada corrí hasta la puerta y dí vuelta la llave.

El hotelero penetró en el cuarto seguido de un hombre. No era el Gran Ofir como había pensado en un primer momento.

Con una de sus manos, grandes y grasosas, el hotelero me tomó de la cara y me acercó a un diario que tenía en la otra.

—¿Ha visto señor oficial? —dijo—
Son los mismos...

Señaló con el diario a Daniel que dormía.

—Ahí está el otro tunante —agregó.

El hombre puso las manos en la cadera y quebró un palillo que tenía en la boca.

—Tendrán que acompañarme hasta la central —me dijo.

Se acercó hasta la cama y sacudió a Daniel. Pero éste continuó respirando como si estuviese profundamente dormido. El oficial hizo un gesto de preocupación; luego le tocó la frente.

—Hay que llamar una ambulancia —dijo encarándose con el hotelero— Este muchacho está muy enfermo...

El dueño del hotel comenzó a disculparse haciendo grandes ademanes.

XVIII

Daniel estuvo sumido en un letargo más de dos semanas. Era un sueño profundo y plácido y los médicos no pudieron hacer nada para despertarlo.

Aunque a mí me interrogaron, no dije una sola palabra sobre el Gran Ofir, ni sobre el remedio que habíamos tomado.

Antes, en la policía, también me preguntaron. Me limité a contar el viaje en el vagón y nuestro paseo por la ciudad. Evité por supuesto hablar de la Feria de las Maravillas. Cuando el oficial me preguntó si sabía algo de cierto dinero hice un esfuerzo para no delatarme y negué. También dije, que en casa no daban malos tratos a Daniel e hice lo posible para convencer a los policías que simple-

mente queríamos divertirnos y conocer la ciudad.

Pero creo que el oficial no quedó muy convencido de mis palabras.

Confesó que me resultó aún más difícil mentirles al abuelo, a la abuela y a la tía Francisca. Había aprendido de memoria las razones que iba a darles, pero ellos insistían una y otra vez y trataban de tomarme de sorpresa. El abuelo era el más desconfiado y trataba de sonsacarme cómo había hecho Daniel para abrir la gaveta del escritorio en donde guardaba el dinero. Hasta llegó a preguntarme, si yo no había visto un papel de color verde, con su nombre y el nombre del boticario. Puse tal cara de tonta que al fin me dejó en paz.

Lo que comenzó entonces a intrigarme era la razón por la cual Daniel había venido a vivir en nuestra casa. A veces el abuelo se lo echaba en ca-

ra a la tía Francisca y ella se defendía llorando. La abuela tomaba partido por la tía, pero cuando yo entraba se callaban o comenzaban a hablar de otra cosa. En cuanto salía volvían de nuevo al asunto pero hablaban tan bajo que no podía oír sino palabras aisladas.

Al fin, una mañana, Daniel abrió los ojos.

Recién al día siguiente me dejaron entrar a la pieza pero antes, la abuela me recomendó especialmente que no hablase en voz alta ni que recordara para nada nuestro viaje a la ciudad.

Abrí la puerta y entré en puntillas. Cuando me disponía a sentarme en la silla que estaba al lado de la cama, Daniel volvió su cara y trató de sonreír pero solo consiguió hacer un gesto de dolor. Le acomodé las sábanas. Intentó preguntarme algo pero sólo consiguió articular un sonido ronco.

Le hice señas de que callara, y comenzó a llorar en silencio; las lágrimas le rodaron por las mejillas y mojaron las sábanas.

Entonces me fijé que el cuarto de Daniel había cambiado. Habían puesto cortinas blancas y visillos en las ventanas. Todo estaba en orden; hasta la ropa suya estaba sobre la silla, limpia y planchada.

No pude soportar más tiempo la tristeza que comenzaba a invadirme y salí en puntas de pie, como había venido.

Casi al llegar a la puerta una tabla del piso crujió haciendo que me estremeciera.

XIX

¡En qué mundo de zozobra y de angustia he vivido entonces!

Habían dejado de preguntarme, pero yo sabía muy bien que eso era una tregua. Esperarían a que Daniel estuviese sano para comenzar de nuevo. El abuelo me miraba con desconfianza y a veces con malicia como diciendo: «¡Yo sé muy bien que fueron ustedes quienes me robaron el dinero y el papel del boticario!»

Durante ese tiempo no había podido pensar sino en Daniel y en defenderme de las preguntas que a cada rato me hacían. De noche rezaba para que sanase e hice la formal promesa de portarme bien durante el resto de mis días.

Al cabo de cuatro días, Daniel se levantó. Pero no pude hablar con él

pues las veces que quise hacerlo daba vuelta la cara.

El primer día de convalecencia no salió de su cuarto. Fuí a acompañarlo, pero no me dirigió la palabra y se pasó mirando el campo por la ventana. El silencio me angustiaba hasta que se me escapaba de nuevo una pregunta. Él me miraba, sonreía, triste, y de nuevo volvía a contemplar la lejanía.

Entonces, me escondía en mi cuarto a llorar.

También el abuelo lo visitó una tarde y trató de iniciar la conversación que yo tanto temía, pero el silencio y la tristeza de Daniel le helaron las palabras en la boca y pronto se marchó.

Al día siguiente fuí a ver a Daniel muy temprano. Entré en su cuarto sin llamar, resuelta a que de una vez habláramos de todo lo que había pasado.

Quería preguntarle quién era, por

qué estaba en casa, por qué lo había traído la tía Francisca, si era verdad lo del Gran Ofir, qué había sentido durante la enfermedad, si era enfermedad o simplemente consecuencias del remedio que había tomado en el cuarto del hotel.

La cama estaba tendida como si nadie se hubiese acostado y su ropa no estaba en la silla.

Di un grito y bajé las escaleras corriendo en busca de la abuela. De pronto un oscuro presentimiento me había soplado, con su voz turbia, que no lo vería más.

Vinieron todos. Buscamos a Daniel por la casa entera; en la cochera, en la estiba de alfalfa, en el huerto. La tía Francisca comenzó a llorar y a echarse la culpa y a acusarnos a todos de ser también los culpables. La abuela le dió un vaso de agua y le frotó las manos; le dijo que se callara y

que no estaba bien que las gentes se enteraran de ciertas cosas.

El abuelo se paseaba en su escritorio, muy preocupado, fumando uno tras otro, esos cigarros de hojas que guarda en su caja de nácar.

Luego de una hora no pude soportar más mis presentimientos y fuí en busca del abuelo.

—Quiero hablar —balbucí casi llorando.

Él dejó de pasearse y me miró, no sé decir si con odio, temor o sorpresa. Luego se sentó en el sillón de cuero.

Bajando los ojos le dije:

—Yo sé dónde está Daniel...

Dejó escapar el cigarro que tenía en la mano. Se dió un golpe en los muslos con las palmas y se puso de pie. Vino hacia mí en actitud amenazadora pero luego se detuvo como si vacilara.

—Entonces, —me dijo— ¿no dijiste la verdad la vez pasada?

Dije que no. Él se volvió de espaldas y cruzó las manos.

—Está bien —me dijo— ¿Eso es todo? Otra vez me asaltó el miedo.

—¡Rápido! —grité.

Se volvió sorprendido.

—¡No hay tiempo que perder! —insistí. Me había acordado del Gran Ofir y de su experimento. El Abuelo arrugó el entrecejo pero no se movió. Entonces yo corrí, lo tomé de una mano y comencé a arrastrarlo. Recién comprendía que quería a Daniel como a nadie.

Al pasar por el perchero el abuelo retiró su sombrero y antes de salir me preguntó:

—¿Adónde?

—¡A la estación... a la ciudad...!

—grité desesperada.

XX

El tren tardó más de tres horas en llegar a la ciudad. Mientras viajábamos comparé mentalmente mi viaje anterior con el que ahora realizaba. Sacando cuentas comprobé que el vagón de carga había tardado alrededor de diez horas.

El abuelo seguía fumando pero no me preguntó nada. ¡Cómo hubiese querido que lo hiciera!

Ahogada por tanto silencio me eché a pensar en lo de siempre: en el Gran Ofir, en la enfermedad de Daniel, en el remedio.

De pronto me hice una pregunta que me dejó helada: «¿Habría dado resultado el remedio? ¿Daniel no crecería jamás?»

Yo también había tomado del frasco; es cierto que apenas unos sorbos,

pero había bebido. ¿Por qué no estuve enferma como Daniel? ¿También iba a dejar de crecer para siempre? ¿Sería niña así, toda la vida? ¿No tendría novio, ni me casaría, ni tampoco tendría un hijo? ¿Seguiría teniendo las mismas manos, el mismo cabello, los mismos vestidos para siempre? El abuelo moriría, la abuela y la tía Francisca también, y los vecinos, y los amigos; y yo iba a seguir jugando los mismos juegos, cantando las mismas canciones. Mis compañeras de escuela se harían mayores y yo siempre niña, eternamente niña, hasta la muerte.

Me vi compadecida. Quizá algún día alguien me señalaría y le diría a su hijo:

— ¡Ahí va María!

Y otros me pedirían a gritos:

— ¡Cuéntanos, cuéntanos cómo es que te quedaste niña para siempre!

De tanto imaginar, e imaginar comencé a marearme. Sabía que a todas

las preguntas tenía que contestármelas y además sentía miedo de no ser capaz de guardar el secreto del Gran Ofir por mucho tiempo, puesto que dentro de mí lo sentía crecer y crecer hasta comenzar a ahogarme.

Cuando llegamos, la estación me resultó desconocida. Traté de orientarme. Al fin llegamos a la avenida llena de plátanos de la Feria.

Yo llevaba al abuelo casi corriendo, de la mano. A veces, él no podía más y tenía que detenerse para tomar aliento.

Al llegar a la Feria busqué la carpa del Gran Ofir, pero no pude dar con ella. Fuimos y volvimos por la avenida de los juegos varias veces.

Recordaba vagamente que después de un kiosco de caramelos estaba la carpa; el kiosco estaba antes del "Viaje a la luna"

Me di por vencida. Decidí pregun-

tarle a uno de los peones que estaban trabajando. El hombre no se volvió para contestarme y dando un golpe a la estaca que clavaba me dijo:

—Se fueron hace diez días.

—¿Adónde? —pregunté ansiosa.

El hombre dejó el combo y me miró.

—No sé —dijo— Pregunte en la entrada, en la Administración.

Se escupió luego las manos y volvió a su tarea.

En la Administración debí entrar haciendo mucho ruido porque el hombre que escribía en un escritorio sentado sobre un banquillo muy alto, se volvió y me miró asustado.

Cuando pregunté por el Gran Ofir se quitó los anteojos y antes de contestarme comenzó a mordisquear las patillas de carey.

—Se fueron —dijo.

—¿Adónde? —grité.

Se encogió de hombros:

—A Europa: Francia, Inglaterra, Italia; vaya a saber...

El abuelo abrió la puerta sofocado; con el pañuelo se secó el sudor de la frente y del cuello y luego limpió el tafílete del sombrero.

Sentía que no iba a poder contener las lágrimas por más tiempo y busqué refugio en el abuelo pero no porque necesitara protección, sino porque me daba vergüenza que un desconocido, como el hombre de los anteojos me viera llorar.

El abuelo inventó una historia sin sentido para justificar mis lágrimas. El viejo intentó unas palabras de consuelo.

Ya en la calle comenzamos a caminar lentamente por la avenida de plátanos. Pensé que el abuelo me preguntaría algo sobre quién era el Gran Ofir, y qué tenía que hacer con Daniel y sin embargo no lo hizo.

En la estación fuimos al restaurante y el abuelo pidió algo de comer. Apenas si probé bocado de lo que trajeron; no me atreví a levantar los ojos del plato por miedo a que éste, en cualquier momento, me preguntase lo que tenía que preguntarme. Estaba decidida a defender nuestro secreto. Sin embargo el abuelo comió sin decir palabra como si nada hubiese pasado.

Durante el viaje iba en su asiento fumando a grandes bocanadas, mirando el campo con ojos lentos. Yo me decía: «¿Pensará en Daniel? ¿Pensará en su dinero? ¿Pensará en castigarme? ¿Pensará en mí?»

El ruido del tren y el monótono pasar del paisaje estuvieron a punto de hacerme gritar. Sentía necesidad de que el abuelo me dijese algo, de que me echase en cara lo que habíamos hecho, que me dijese que yo, y solamente yo, era la culpable; pero el rui-

do del tren siguió, y el paisaje siguió monótono, y el abuelo no abrió sus labios sino para echar de vez en cuando sus lentas y ociosas bocanadas de humo espeso.

XXI

Una vecina se cruzó de vereda varias cuabras antes de que llegáramos a casa. Hizo un gesto mezcla de miedo y respeto. Le dió luego la mano al abuelo muy compungida y entre dientes dijo un «siento mucho».

El abuelo, asustado, apenas atinó a decir:

—Gracias.

Vi que se había puesto pálido. Se desprendió de la vecina y apuró el paso. La sangre comenzó a latirme en las sienes. No pude más y me adelanté corriendo. Al doblar la esquina vi que en casa entraban y salían muchas personas.

En el zaguán me recibió Emilia, llorosa. Se secaba las lágrimas un poco con un pañuelito y otro poco con el delantal.

El oficial de policía que nos había llevado de vuelta a casa estaba en el vestíbulo conversando con las gentes y haciendo anotaciones en una libreta. Al verme llegar dejó el lápiz y la libreta sobre la mesita de mimbre y me acarició la cabeza.

Entonces comprendí que el presentimiento no me engañaba.

En el segundo comedor habían levantado la capilla ardiente. Era muy pobre. Cuando la abuela y la tía Francisca vinieron a mi encuentro no pude soportar más y me escapé corriendo. Subí las escaleras del altillo y me arrojé en la cama. No sé cuánto tiempo estuve llorando, pero el caso es que me quedé dormida y cuando desperté era noche cerrada.

XXII

Sí; lo acabamos de dejar en el cementerio. Está en la tierra, al final de la avenida de cipreses en donde sepultan a los pobres de la villa. La abuela no quiso que lo enterraran en la tumba grande de los parientes. No sé por qué la abuela se opuso. Tampoco vino a rezar el cura. Por estas dos cosas la abuela y la tía Francisca estuvieron discutiendo horas, pero no llegaron a un acuerdo. ¡Es extraño, la tía Francisca lloraba como si hubiese querido mucho a Daniel aunque nunca se lo demostró cuando vivía!

En el acompañamiento estuvimos pocas personas: Emilia, el abuelo, la abuela, la tía Francisca y dos o tres vecinos que nos ayudaron a llevar la caja.

¡Qué larga me parecía la avenida

de cipreses! Allí en el claro, donde descansan los pobres, lo dejamos. Yo, encima de la tierra fresca, coloqué el ramo de flores que me pusieron en la mano al salir.

De regreso he seguido pensando y preguntándome, pero sé que no voy a poder contestarme. De algo estoy segura sin embargo y es que no fué accidental la muerte de Daniel en el río como quiso hacerme creer el oficial. Pero ¿cuál fué la causa? ¿El viaje del Gran Ofir a Europa? ¿Había fracasado el *experimento*? ¿Se dió cuenta acaso de que era tarde ya para hacer lo que hicimos porque habíamos entrado en *el mundo de los mayores*?

También, sepa o no las causas de su muerte, sé que debo guardar el secreto. Pronto el abuelo tratará de son-sacarme y debo prepararme para resistirlo.

Otra cosa más: ¿me quedaré niña

para siempre? ¿O es imposible dejar de crecer?

No tengo quien me conteste todas estas preguntas, por eso las escribo en mi viejo cuaderno. Además el secreto me roe el pecho como una rata maligna y para que no se me escape ante los mayores, debo decirlo todo aquí.

FIN

Tucumán, Setiembre de 1951, Julio de 1952.

~~1540~~
1541/

ELEGÍA, novela de Julio Ardiles Gray, con una xilografía de Susana Soro, se terminó de imprimir en los Talleres Gráficos de Alfredo Baacolini S. R. L., Marcos Paz 101, Tucumán, el 11 de Noviembre de 1952. La edición consta de diez ejemplares impresos en papel Extra Claire numerados de I a X y dos mil en papel medio hilo. Revisó los originales Nelly E. García Alvarez. La composición fué hecha a mano por René M. Nieva y Juan José Marcos en tipos Garamond 12: 14 y 8: 10. Impuso el maestro David Gurvich. La tirada estuvo a cargo de Juan C. Costilla.

*fluencias más cercanas, a Milosz,
César Vallejo y Raúl Galán, y
estoy orgulloso de ellas.*

J. A. G.

Sí, el autor de esta novela nos cuenta « a su modo » la historia de Peter Pan. Pero Julio Ardiles Gray enriquece al mito de Barrie con una nueva dimensión: la de nuestro propio dolor y, al conjuro de esta mágica catarsis, pagamos en moneda de lágrimas el precio de una inclemente verdad: hemos sido arrojados al Tiempo, piedras de aluvión en viaje turbulento e irreversible.

Es índice de la habilidad narrativa del autor la notable economía literaria, la valiente síntesis de este trabajo. Pocas páginas le bastan para hacernos sentir que esta « *Elegía* » no sólo canta a la muerte de Daniel, el niño que no quería ser hombre, sino que - magistral transferencia - es un doliente responso por el niño que nosotros mismos hemos sido y que perdimos para siempre. Esta elegía es, quizá, nuestra propia elegía, una lamentación por los ángeles en eterno descenso, en caída perpetua.

JOAQUÍN ORTEGA



EDICIONES JANO

Las Heras 121

Tucumán

\$ 10.-